

margen N° 72 - marzo 2014

Editorial

Bajo un mismo libreto

América Latina sufrió la imposición del neoliberalismo a través de distintas formas de Terrorismo de Estado: golpes militares, cívico militares o la simple adscripción de los gobiernos locales a los mandatos del Nuevo Orden económico impulsado por las empresas multinacionales y el Estado gendarme en la región, los Estados Unidos de Norteamérica.

Se logró imponer el modelo de destrucción de los sistemas productivos y el desarrollo de políticas económicas de dependencia al capital internacional, poniendo en práctica una vez más la injusta relación entre países subdesarrollados (productores de materias primas y consumidores de productos extranjeros elaborados con valor agregado) y los países desarrollados. En algunos casos esa imposición se logró con una simple pero dura represión por parte del Estado. En otros terribles, a través de planes sistemáticos de matanza y desaparición de miles de personas.

Han pasado varias décadas y los distintos países americanos han logrado retornar al sistema de gobierno democrático. Sin embargo, aún no se ha logrado encontrar verdad y justicia. En la mayoría de los países ni siquiera se ha podido juzgar a los responsables de crímenes de lesa humanidad o a quienes se levantaron contra las autoridades elegidas por la vía legal. En muchos casos, quienes se encuentran a la cabeza de las Fuerzas Armadas y de Seguridad han participado activamente en la represión ilegal de aquellos años o se han formado con los cuadros responsables del Terrorismo de Estado.

Como señalamos en marzo de 2010 en este mismo espacio, *“Las dictaduras han pasado, pero el daño ha sido grande. La correlación de fuerzas no ha variado fundamentalmente en tiempos de democracia. Las multinacionales dominan el espacio, consolidando la expulsión y sentenciando a la marginalidad a millones de seres. La violencia se mantiene bajo la apariencia de una democracia formal y delegativa, sacudida oportunamente con situaciones de inestabilidad política e incluso con anuncios o golpes confirmados, tal como el de Honduras en 2009.”*

Los movimientos nacionales de la década del '70 en América fueron atacados y derrocados por las Fuerzas Armadas formadas principalmente bajo los principios de la Escuela de las Américas en Panamá. El lema entonces fue la lucha contra la sinarquía internacional y el modelo comunista que destruía las bases del modo de vida occidental y cristiano.

Años más tarde, la imposición del neoliberalismo coincidió en toda Latinoamérica con el desarrollo de los lineamientos del Nuevo Orden económico.

Como afirmé en otro artículo (“Una coincidencia llamada Monsanto”, Margen junio de 2011), *“El avance de las políticas neoliberales reforzó las prácticas capitalistas en las que el poder de las empresas se ha vuelto prácticamente absoluto. Los países como tales han dejado de existir; los Estados son meros administradores de los negocios de los grandes emporios. A través de los gobiernos títeres se transfiere la riqueza pública a las manos privadas y se hace recaer el peso de las crisis en los pueblos. Las recetas de Bretton Woods y el Consenso de Washington no han muerto y se llevan a la práctica a lo largo y ancho del planeta, en mayor o menor grado.*

Las corporaciones que mayores ganancias han acumulado en estos últimos años -sin hablar de

los bancos- son las que se ocupan del petróleo, las armas y las comunicaciones (especialmente telefonía). Sin embargo, no se debe dejar afuera a los grandes laboratorios y empresas como Monsanto, productoras de medicamentos tanto como venenos.

Los Estados, que deberían garantizar la salud pública y la defensa de los recursos naturales, no pueden ir en contra de los principios capitalistas que los sostienen y se rinden frente al posicionamiento de estas empresas que se apropian descaradamente de bienes de la humanidad como el poroto de soja, el maíz o el algodón.”

Como si se tratara de un mismo guionista, el escenario y los discursos actuales también son coincidentes en nuestros países latinoamericanos.

Aunque algunos van llegando con más o menos velocidad, la realidad nos marca, salvo algunas pocas excepciones:

- Países que producen únicamente materias primas.
- Fuertes endeudamientos externos.
- Crecimiento de la pobreza y aglutinación habitacional urbana.
- Crecimiento de la corrupción en responsables de órganos de gobierno en distintos niveles (comunales, estatales y nacionales)
- Escasa participación popular.
- Crecimiento de la violencia en las ciudades, bandas delictivas, narcotráfico, tráfico de personas, violencia de género, etc.

Esta situación de inestabilidad genera angustia e inmovilidad, estados propicios para lograr la división en el seno de nuestras sociedades. Y no sólo se produce confrontación entre conciudadanos sino entre países, consolidando una vez más el modelo de desintegración territorial contrario a lo que propugnaron Bolívar, San Martín, Artigas o el mismo Che Guevara.

Lo local debe entonces entenderse en un contexto más amplio. Como lo señaló Alfredo Carballada, *“La fragmentación social, la problemática de la integración de nuestras sociedades, siguen convocando a la Intervención Social desde diferentes lugares, tanto desde los problemas sociales y las necesidades, como así también desde el sufrimiento que implica no pertenecer, sentir la ausencia del todo social, la incertidumbre o la ruptura de las solidaridades.”*

Margen continúa ofreciendo un espacio a quienes -al decir de nuestro Director- están comprometidos con la *“Intervención Social que implica la amalgama de saberes, categorías y conocimientos relacionados, que se vinculan con los problemas sociales y necesidades, los lazos sociales y las diferentes formas que adquieren los sistemas de protección social”*.

José Luis Parra